

## Comentarios Generales

Habrán notado ciertamente que, de las tres lecturas que la liturgia nos hace escuchar en cada Misa, la primera y la tercera se corresponden, en el sentido de que tienen un tema común, mientras que la segunda —sacada, en general, del apóstol Pablo— constituye habitualmente un tema de reflexión en sí misma

También hoy es así. La primera y la tercera lectura se refieren a un tema común: la primera nos muestra sobre ello el pensamiento del Antiguo Testamento, y la tercera lectura, el pasaje evangélico, el pensamiento de Jesús.

Ese tema es hoy el de la responsabilidad personal en la salvación. Nuestra salvación es toda obra o don gratuito que Dios hace al hombre. Pero —y he aquí el tema de hoy— ella también es toda fruto de nuestra colaboración y de nuestra libertad. Aquel que te haya creado sin que tú lo hayas querido —dice san Agustín— no te salva sin que tú lo desees. Signo de esta libertad del hombre es su capacidad de convertirse del mal al bien, de volverse bueno en lugar de malo y, al revés, la capacidad de pervertirse, pasando a ser de bueno, réprobo. Nadie, entonces, está fijado irremediabilmente en la vida por su pasado.

Ezequiel por un lado y Jesús por el otro, ilustran esta verdad. El primero lo hace teniendo en cuenta la situación de sus contemporáneos, enderezando las ideas distorsionadas y fatalistas que ellos tienen del pecado y de la salvación. En su lugar de exilio dicen: Nuestros padres comieron la uva verde y nosotros los hijos sufrimos la dentera; es decir: nuestros padres pecaron y nosotros recibimos las consecuencias.

El profeta se opone con gran fuerza a esta idea: Dios no castiga a los hijos por las culpas de los padres, o a los padres por las culpas de los hijos (Ez. 18, 20). Cualquiera tiene la posibilidad de salvarse, si sólo lo desea; de ello es signo el perdón que Dios otorga siempre y generosamente a quien decide dejar el camino del mal para convertirse a él de todo corazón.

Jesús ilustra esta misma verdad a sus contemporáneos con la parábola de los dos hijos invitados por el padre a ir a trabajar a la viña. Los hebreos —y en particular los fariseos—esperaban que el Mesías, al venir, no hiciese otra cosa que ratificar la situación en acto, fijando a cada uno en su destino; es decir, de un lado quedarían ellos, los privilegiados, el pueblo elegido —el hijo que había dicho sí al padre<sup>1</sup>—, los cuales serían destinados a la salvación sin otra cuenta nueva para pagar; de otro lado, todos los demás hombres, los paganos o también los pecadores que había entre ellos mismos, identificados con los publicanos y las meretrices que hasta ese momento le

habían dicho no a Dios.

Jesús anula este cómodo esquema, haciendo que todo vuelva a cuestionarse. No basta con ser hijos de Abraham, no sirve remitirse a privilegios del pasado: la salvación es una cosa personal que se decide en la actitud asumida frente a Dios y frente al anuncio de Cristo. Todos son admitidos a ella; en cierto sentido, todos parten de condiciones de igualdad, al menos después del llamado. Dios puede hacer hijos de Abraham incluso de las piedras, es decir, de los pecadores más insensibles. He aquí por qué el publicano bajó salvado del templo, justificado ante Dios, y el fariseo, por el contrario, no.

Entonces, la salvación es ofrecida por Dios a todos los hombres. Depende de la libre respuesta de cada uno, no de la casta a la cual pertenece o de derechos adquiridos, que esta salvación se vuelva operante o no para él.

En todo caso, la objeción es justamente la existencia de esta libertad. ¿Cómo pudo Dios confiar algo tan enorme como la salvación a algo tan precario como nuestra libertad? ¿No sabía el riesgo que de esa forma corría, y aquel todavía más grande que hacía correr a la criatura? ¡Claro que lo sabía! Pero he aquí cómo un hermano nuestro, de fe ardiente, imaginó la respuesta de Dios: "Si no se tratase de otra cosa que de dar prueba de mi poder...mi poder es bien conocido, todos saben que yo soy Omnipotente. Pero en mi creación animada, dice Dios, he querido algo mejor...He querido esta libertad. He creado esta libertad. La libertad de esta criatura es el más hermoso reflejo que exista en el mundo de la libertad del Creador... ¿Qué sería una salvación que no fuese libre? ...Cuando se sabe lo que significa ser amado por hombres libres, muchos esclavos arrodillados no representan nada. La mía es ciertamente la más grande invención' (Ch. Péguy). Así, Dios se ha puesto en la situación de tener que confiar en nosotros, en nuestra libertad, antes de pedirnos que confiemos en su salvación.

Sin embargo, en el pasaje evangélico Jesús insiste también en otro aspecto: en lo concreto de esta respuesta. La adhesión del hombre a Dios es libre, pero también debe ser concreta y actuante. El que entra en el remo de los cielos no es quien dice 'Señor, Señor', sino quien hace la voluntad del Señor. No es quien se satisface con píos sentimientos y veleidades, sino quien está dispuesto a traducir en gestos y hechos de la vida cotidiana la voluntad de Dios. De los dos hijos de la parábola, Jesús dice preferir a quien se niega con palabras, pero luego se arrepiente y hace lo que el padre le pidió; lo prefiere en lugar del otro que con palabras le dice sí al padre, pero luego no hace nada y al campo no va.

Esta parábola de Jesús debe hacernos reflexionar atentamente, e incluso temblar de miedo a nosotros los cristianos. En efecto, en muchos aspectos estamos en las condiciones de espíritu de los hebreos. Somos el hijo al cual se dirigió primero, llamándolo a trabajar en su viña, es decir, en la Iglesia. Somos quienes una vez dijeron que sí. Dijimos que sí con el bautismo, ¡y cuántos otros 'sí' implícitos proferimos en nuestra vida cristiana! Pero a menudo este 'sí' cubre sólo el rechazo real y crea una mentalidad hipócrita.

El riesgo consiste en que nos hagamos de una psicología de salvados por derecho, de privilegiados de la salvación. La psicología, por ejemplo, del hijo mayor de la parábola del hijo pródigo, el cual, habiendo permanecido siempre en su casa, cree que el padre le es, por esto, deudor por toda la vida.

El riesgo es grave porque, si descuidamos consolidar cada vez más el llamado y la elección (2 Ped. 1, 10) y eso mediante una conversión continua del corazón, la palabra de Jesús se vuelve en contra de nosotros: los públicanos y las meretrices pasarán delante de nosotros al Reino de Dios.

En su epístola, san Pablo nos sugiere hoy algunos puntos que, llevados a la práctica, pueden servir maravillosamente para expresar nuestra libre adhesión al proyecto de salvación ofrecido Q nosotros por Jesús, y para dar a tal adhesión lo concreto de los hechos y su sabor.

Escuchemos y elijamos al menos un punto como programa de vida para la semana que nos espera: no hagan nada por espíritu de rivalidad o por vanagloria; cada uno de ustedes, con toda humildad, considere a los otros superiores a sí mismos; no busquen el propio interés, sino más bien el de los demás. Pero es evidente que estos programas que nos son sugeridos desde afuera no nos bastarán en el momento de la necesidad, si alguien no nos ayuda desde adentro. Por eso, en el salmo responsorial, hemos rezado diciendo:

Muéstrame, Señor, tus caminos,

enséñame tus senderos.

Guíame por el camino de tu fidelidad;

enséñame, porque tú eres mi Dios y mi salvador,

y yo espero en ti todo el día.

Nuestro 'Dios y salvador', que asumió un rostro humano en Jesucristo, ahora viene a nosotros para volver a plantearnos y actualizar nuestra salvación. Él espera que, a nuestra vez, nosotros le hagamos la ofrenda de nuestra libertad.

(Raniero Cantalamessa "La Palabra y la Vida" ed. Claretiana, 1977, Pág. 220 y ss.)